

S. Excia. Robert Fidelis McKenna O.P.

8 de Julio de 1927-16 de diciembre del 2015

In Memoriam

El día 16 de este mes, en las cercanías de la noche más pacífica y sagrada de la historia, S. Excia. Mons. Robert F. McKenna entregó su alma a Dios, Señor y Juez de todos los hombres. Lo sucedáneo, lo pasajero, lo azaroso de toda vida, lo grave de estas últimas décadas de la Santa Iglesia dejaron lugar a la eternidad para su alma.

Todo hombre, a no ser aquellos tan íntimos al Salvador durante su vida mortal, le debe algo a Dios. El juicio de toda una vida y, sobre todo, la determinación del destino eterno, son atributos de sólo Dios; pero los que hemos conocido algo de quienes ya no están aquí y que ya han corrido el telón de la eternidad, algo podemos testimoniar de ellos para que brille su recuerdo en nuestra memoria.

Mons. McKenna fue Sacerdote, fue Obispo, fue Religioso. Aquellos que beneficiaron de su tarea sacerdotal saben claramente cuánto hizo para sostener a las almas cristianas que le fueron confiadas y a todos aquellos que de cerca o de lejos recurrieron a él. Fue Obispo por la necesidad de los tiempos que vivimos, para mantener íntegra la Fe delante del modernismo, para multiplicar los sacerdotes y conservar el episcopado católico en otros, logrando así contribuir a la perennidad de la Santa Iglesia. Fue Religioso, todos los que lo conocimos podemos atestiguar que lo fue en toda su conducta, en su manera de pensar y de obrar. Tanto su Sacerdocio como su Episcopado estuvieron marcados por su condición de Religioso, sin buscar figurar, sin pretender un papel protagónico, cumpliendo sus deberes como un servicio a la Verdad. Monseñor McKenna procuró conservar en la Iglesia Católica el tesoro de la Vida Religiosa, con sus Hermanas, asistiendo a otros religiosos, sosteniendo mientras lo permitieron sus fuerzas a los Hermanos Dominicos de Lawrence, Mass., comprometiéndose a ayudar y asegurar la continuidad de nuestra familia religiosa él y todos los miembros de la Alianza Católica de Obispos (Monseñores McKenna, Oravec, Vida Elmer, Hesson, Martínez), compromiso voluntario que nosotros agradeceremos siempre.

La vida de un hombre bueno deja lecciones silenciosas que siguen enseñando aunque ya no tengamos el consuelo de su presencia.

Mirados los ejemplos, hagamos el bien. Enseñemos la buena doctrina, que nuestra vida diaria sea su mejor argumento.

Recemos confiadamente para que el alma de Mons. McKenna esté, ahora y para siempre, intimísima a Dios. Dios Nuestro Señor bendiga su alma y las de todos nosotros.

¡Santas Navidades!

Patagonia, 19 de diciembre del 2015.

† Mons. Andrés Morello.